

La educación en virtudes: una lectura hermenéutica analógica

Mtro. Arturo Cristóbal Álvarez Balandra
Docente-Investigador de la Universidad
Pedagógica Nacional
calvarez@upn.mx

Segundo Simposium Internacional: "Educación y Valores" Secretaría de Educación del Estado de Durango 22, 23 y 24 de febrero de 2007

La trayectoria que ha tenido la formación en virtudes es muy larga y compleja, sobre ella hablan filósofos de la talla de Platón, Aristóteles, Tomás de Aquino, Luís Vives, Baltasar Gracián, Giambattista Vico, Charles Sanders Peirce, John Dewey. Su preocupación se ha centrado en indicar *qué* es la virtud, en ubicar *cuáles* son éstas y en explicar *cómo* es que se forman.¹ Recientemente esta discusión está volviendo a ámbitos como la epistemología, donde se habla de una virtud intelectual; en la pedagogía, donde se habla de una virtud docente; en psicología, donde se habla de virtud cognitiva; y en ética,² donde se habla de virtud moral o práctica.³ Este retorno es recuperado por la hermenéutica analógica para proponer una educación en virtudes.

Tal recuperación parte de entender a la virtud —*virtus* en latín o *areté* en griego— en su sentido original: como "...*cualidad excelente*...", como "...*disposición habitual a obrar bien en sentido moral*..."; lo que principalmente se muestra en el proceder

¹ Para una revisión sistemática y precisa sobre lo que son las virtudes en el pensamiento de estos filósofos, *vid.* BEUCHOT, Mauricio. "La formación de virtudes como paradigma analógico de educación", en: ARRIARÁN, Samuel y BEUCHOT, Mauricio. ***Virtudes, valores y educación moral*** (Contra el paradigma neoliberal), México: SEP-UPN; col. Textos, núm. 12, 1999, pp. 15–33.

² Para Juliana González, la *eticidad* refiere ha esos valores fundamentales que a lo largo de la humanidad de van acumulando; es, como dice textualmente, "...lo universal y constitutivo de las diferentes morales, sean cuales sean. Lo que es inalterable y base de la creación de diversas tablas de valor es la *no-indiferencia* misma, la no-amoralidad, como característica distintiva del hombre y como motor efectivo de la creación de las morales" GONZÁLEZ, Juliana. ***Ética y libertad***, México: FCE/FFL-UNAM; 2001^{2ed-1^{ra}}. p. 27.

³ *Cfr.* MACINTYRE, Alasdair. ***Tras la virtud***, Barcelona: Crítica; 1987, pp. 226 ss. Además, sobre lo epistemológico, *cfr.* SOSA, E. ***Conocimiento y virtud intelectual***, México: UNAM-FCE; 1992, pp. 285 ss.; sobre lo pedagógico, *cfr.* CARR, D. ***Educating the Virtues. An essay on the Philosophical Psychology of Moral development and Education***, Londo–New York: Routledge, 1991, pp. 8–9; y sobre ética, *cfr.* FOOT, Ph. ***Las virtudes y los vicios, y otros ensayos de filosofía moral***, México: UNAM, 1994, p. 21.

del sujeto conforme a ciertos hábitos que en él se han formado y que lo lleven a ejecutar hábilmente ciertas acciones en torno a los propósitos que él se establece. Ello implica entender el hábito como una cualidad para poder realizar “algo”, para poder ejecutar las acciones con ciertas características; y la habilidad, como el nivel de perfeccionamiento que se va logrando al ir practicando la o las acciones necesarias para lograr ese “algo”. Para ello, hay que recordar que tanto en el bien obrar como en el mal obrar se forman costumbres e inclinaciones en el espíritu; es decir, hábitos de obrar. A los buenos se les llama “*virtudes*” y a los malos “*vicios*”. Un hábito bueno del espíritu es, por ejemplo, saber decidir sin precipitación y considerando bien las circunstancias. Un vicio, en cambio, es el atolondramiento que lleva a decidir sin pensar y a modificar muchas veces y sin motivo las decisiones tomadas. La virtud concentra, mientras que el vicio dispersa las fuerzas del hombre. Por ejemplo, la persona que es perezosa tiene el vicio de la pereza, puede fijarse propósitos estupendos pero al final es incapaz de cumplirlos, su espíritu resulta derrotado por la pereza, por la resistencia del cuerpo a moverse o de la mente para interpretar; por el contrario, el diligente atiende a sus metas, derrota a la pereza, cumple con sus cometidos para no verse rebasado por ellos y a su vez, establece límites prudenciales que le permitan atenderlos —un justo medio entre dos excesos—. Por ello, la persona que es virtuosa es capaz de controlar sus apetencias, por ejemplo de no comer algo que no le conviene aunque le apetezca mucho, o de trabajar cuando está cansado aunque pudiera parecer un exceso, o de no enfadarse por minucias aunque no le agraden; es un sujeto que logra que en su actuación predomine la prudencia, la templanza, la cordura, pues es capaz de guiarse por ciertos hábitos en su hacer. Quien no tiene virtudes, en cambio, es incapaz de hacer lo que quiere; decide pero no cumple, no consigue llevar a cabo lo que se propone, no logra concretar el esfuerzo interpretativo que le exige un texto complejo, no llega a trabajar lo previsto, no ejecuta lo decidido. Así, los pequeños vicios de la conducta debilitan el carácter y hacen a un hombre incapaz de vivir de acuerdo con sus ideales. Son pequeñas esclavitudes que acaban produciendo una personalidad mediocre, conformista, derrotada, pues como decía Aristóteles, “...*nuestro carácter es resultado de nuestra conducta...*”⁴

⁴ ARISTÓTELES. *Ética Nicomaquea*, VI, 4M 1140^a21, México: UNAM; trad. A. Gómez Robledo, 1983^{2ed.}, p. 140.

Por esto es por lo que, la virtud es una cualidad de la voluntad enfocada a lograr un punto de conmensurabilidad entre el bien común y el individual; condición que la distingue de cualquier otra disposición habitual como pudiera ser: la fuerza física o la salud. La misma palabra *virtud* está relacionada con la palabra hombre —*vir*— y con la palabra fuerza —*vis*—; pero en el sentido de ser la forma de proceder del hombre, la gran fuerza para su desarrollo y realización, aunque su constitución física pudiera ser débil. Así, la vida del hombre es intelectual y moralmente virtuosa si se tienen ciertos hábitos al proceder e interpretar. Es el medio por el cual, “...*el hombre se hace bueno y por el cual ejecuta bien su función propia...*”, son la “...*fuerza de voluntad...*” que posibilita realizar lo propuesto. Sólo cuando se forma esa disposicionalidad en el proceder, se llega a ser virtuoso; medio para conseguir que se vaya estableciendo el predominio de la inteligencia, de la intuición, de la prudencia, de la perseverancia, de la templanza, de la fortaleza, de la cautela, todas ellas a la vez condensadas en la totalidad que es el sujeto.

Su uso es condición para que éstas se vayan extendiendo en el orden de la razón, de la sensibilidad, de dominar la energía necesaria para el bien obrar; algo que sólo se consigue después de haber repetido los hábitos en muchos actos en la misma dirección y en diversas circunstancias. Esta es la regla de oro en toda educación: la repetición.⁵ Como tal, la virtud permite concentrar las fuerzas del hombre haciéndolo capaz de orientar su actividad en las direcciones que él mismo se propone, sin perder el sentido ético del obrar. Sólo quien tiene virtudes puede guiar su vida de acuerdo con sus principios y con sus valores, sin que para ello tenga que ceder a cada instante ante la más pequeña dificultad. Así, la persona que tiene virtudes es mucho más libre que la que no las tiene. Es un sujeto que es capaz de hacer lo que quiere, lo que decide, mientras que las otras personas son incapaces de decidir y de hacer. Quien no se forma en virtudes no decide por sí mismo, sino que “algo” o “alguien” decide por él: quizá hace *lo que le viene en gana*, entendiendo que *la gana* no es lo mismo que la libertad, pues ésta es como una veleta que necesariamente se orienta hacia donde el viento sopla. El perezoso, por ejemplo, puede pensar que no realiza su trabajo porque *no le apetece* o porque *no le da la gana*, y puede pensar que esto es un gesto de libertad, pero en

⁵ Cfr. <http://www.monografias.com/trabajos10/vipru/vipru.shtml> 29/06/04, p. n.d.

realidad es su misma esclavitud. Si no trabaja no es por el ejercicio de su libertad, sino precisamente porque es incapaz de trabajar. Por ello, la *gana* se orienta con una sorprendente constancia en el mismo sentido, en la dirección que evita el compromiso y el esfuerzo. La persona que se ha acostumbrado a comer demasiado, le gana la *gana*, se inclina un día tras otro, una y otra vez, a comer más de lo debido y raramente a guardar dieta o un tener un día de ayuno. El que es perezoso, abandona un día tras otro su trabajo y raramente realiza un sacrificio extraordinario en aras de cumplir con él. El estudiante que es perezoso, no hace los trabajos o posterga su elaboración al máximo, y si no lo concluye, busca la "mejor" manera para poder justificar el no haberlo hecho o concluido.⁶

En este sentido, formar en virtudes es hacer capaz a la persona de realizar bien una actividad. Es prepararlo para efectuarla, para bien ejecutar las acciones teóricas, prácticas y éticas implicadas en ese hacer. Trata de la formación y manejo de los hábitos, y de su habilitación cada vez más depurada, con un mayor potencial de ejecución.⁷ Potencial que no queda como una condición innata, como la razón seminal que ilumina al pensamiento o como el *a priori* contenido en una razón pura; sino más bien, como la posibilidad que los sujetos tienen a través de la cultura para explotar su condición orgánica, para "detonar" lo que el hombre tiene a través de la educación. En este sentido, la formación en virtudes, es un proceso que no puede ser reducido al simple acto de acumulación de saberes o al uso de ciertas herramientas como la computadora, que en su fusión herramental, nada transforma la realidad interna del sujeto; sino como una educación que se piensa y realiza en el sentido original de la palabra, en el sentido del verbo en latín *educere*, que al ser castellanizado implica el acto de edución, de educir, de accionar para sacar "algo" a partir del mismo educado. Idea que se contrapone a una educación como implantación, como impostación, como imputación, como condición de colocar "algo" en un recipiente que se encuentra total o parcialmente vacío. Trata del acto pedagógico, en el que, como dice Mauricio Beuchot, "...la enseñanza se dirige a un sujeto en potencia activa de aprender, y, como tal, capaz

⁶ Cfr. ALONSO, Carlos. <http://www.ecojoven.com> 25/05/04, pp. n.d.

⁷ La idea de lo mental y lo motor como condición de ejecución, implica acciones interiorizadas y exteriorizadas. Es decir, por ejemplo, implica el reflexionar sobre una idea y el transcribir en una computadora o exponerla de manera oral.

de responder a la estimulación del docente y dispuesto a desarrollar en sí mismo esa virtualidad que contiene, claro, impulsado por la enseñanza del maestro.”⁸

Para ello, en una educación en virtudes el punto de partida es el educando, la especificidad de éste, sin que ello implique eliminar al que enseña, al que facilita los aprendizajes, al que muestra y promueve las virtudes, el docente que es el responsable de mostrar y enseñar. Trata del binomio educador y educando, que en su relación limítrofe constituyen una unidad, un vínculo de co-responsabilidad, de co-creación a partir del diálogo, del intercambio.⁹ Acto en el que es necesario mantener cierta proporción, ciertos límites, una prudencial razón que permita discernir —con base en un contexto y manteniendo ciertos valores fundamentales—, las diversas interpretaciones que se ponen en juego: las del educando y las del educador. Un acto dialógico en el que se afronta el conflicto de las interpretaciones, que como dice Raúl Alcalá, “...prohíbe que pueda haber una interpretación única, no en el sentido de que sea la verdadera, sino de que no tenemos otra alternativa a la mano.”¹⁰ En una educación dialógica como ésta, el educando deja de ser alguien pasivo —el sujeto inerte que tiene que captar y memorizar la información que se le proporciona— y pasar a ser, el interlocutor que opina, propone, debate, decide con el que orienta y facilita la apropiación y manejo de hábitos, habilidades y conocimientos.¹¹ Trata de una educación en la que las personas deben mantener una conversación, entendida en su sentido original, como *conversatio*, como el acto de conllevar las cosas, de compartir la vida, de estar con el otro, de convivir intersubjetivamente para lograr realmente esa formación en virtudes.

⁸ BEUCHOT, Mauricio. “La formación de virtudes como paradigma analógico de educación”, en: ARRIARÁN, Samuel y BEUCHOT, Mauricio. **Virtudes, valores y educación moral** (Contra el paradigma neoliberal), México: SEP-UPN; col. Textos, núm. 12, 1999, p. 22.

⁹ Respecto de lo que implica la dialogicidad. Vid. ÁLVAREZ, Arturo. “Dialogando con el pasado: una reflexión hermenéutica”, en: Revista de investigación educativa **Paradigmas**, UPN “Francisco Morazán”/Honduras, año 12, núm. 15, noviembre de 2003, pp. 62–8. Al respecto dice Beuchot: “La misma posibilidad de diálogo depende de valores éticos fuertemente materiales y substanciales, [...estando] el respeto por la vida más allá [del mismo diálogo]...” BEUCHOT, Mauricio. **Las caras del símbolo: el ícono y el ídolo**, Madrid: Caparrós Editores; col. Esprit, núm. 38, 1999p. 55.

¹⁰ ALCALÁ, Raúl. **Hermenéutica, analogía y significado**, (Discusión con Mauricio Beuchot), México: Surge; col. *Magnum Bonum*, núm. 1. 1999, pp. 57–8.

¹¹ Al igual que lo hace Luis Villoro, aquí se diferencia el saber del conocimiento. Éste indica que en el caso del *saber*, lo único que se posibilita es su acumulación y repetición, mientras que el caso del *conocer*, lo que se implica es la posibilidad de aplicar estos saberes a procesos concretos; condición de aplicación que lleva implícita, el que haya: conocimientos débiles —por las pocas aplicaciones que se han hecho de los saber— y conocimientos fuertes —por las múltiples y diversidad aplicaciones que de estos se han hecho—. VILLORO, Luis. **Creer, saber, conocer**, México: Siglo XXI; 1989^{5ed.}. 15, 128 y 199.

En una formación en virtudes, el docente es el responsable de aprovechar la condición de potencia del educando: no sólo diciéndole que es la virtud, explicándosela, poniendo una definición en un pizarrón —aunque éste sea electrónico—, pues si bien tiene su utilidad no es suficiente para que en él se forme, como tal lo más seguro es que quede a nivel de información; por otro lado, tampoco basta con mostrarla, con ejecutarla, pues si bien es condición base para su enseñanza, al no tener el educando referentes que le permitan identificarla, su reconocimiento queda al libre arbitrio fortuito y circunstancial de lo que él puede reconocer. En una formación como la que aquí se propone, lo que el docente debe hacer, es buscar un punto de equilibrio, un punto de conmensurabilidad en el que a la vez que explique la virtud, también la muestre; una posición intermedia entre un decir y un mostrar. Se trata de educar analógica-icónicamente: una educación, que por un lado, se enfoque, de manera análoga, a explicar lo que es la virtud, es decir, mediante un proceso aproximativo y jerarquizado en el que se vincule la virtud con algunos principios generales y reglas básicas —su condición abstracta o tematizada—; y por otra, el que el profesor sea el ícono que la muestre,¹² el que la realice, el que la ejecute para formar, condición ejemplar que es la que se debe ser privilegiar, pues como dice Ryle:

En la vida ordinaria, [...]al igual que en el negocio específico de la enseñanza, estamos mucho más concernidos con las competencias de la gente que con sus repertorios cognitivos, con las operaciones más que con las verdades que aprenden. De hecho, aun cuando estamos concernidos con sus excelencias y deficiencias intelectuales, estamos menos interesados en las provisiones de verdades que adquieren y retienen en sus capacidades para encontrar verdades por ellos mismos y su habilidad para organizarlas y explotarlas, cuando las han descubierto.¹³

Lo anterior no significa que en una formación en virtudes se deba eliminar la información conceptual sobre ellas, es decir, se debe mantener la explicación de lo que éstas son. La función secundaria que los conceptos cumplan en este tipo de formación, es la de ser el apoyo que posibilita y mejora el aprendizaje. Son los

¹² El ícono es el signo más rico, pues en su condición fragmento hace posible mostrar la totalidad a la que alude BEUCHOT, Mauricio. *Las caras del símbolo: el ícono y el ídolo*, Madrid: Caparrós Editores; col. Esprit, núm. 38, 1999p. 55.

¹³ RYLE, Gilber. *The Concept of Mind*, New York: Barnes and Noble; 1967^{9ed.}, p. 27 ss.

instrumentos cognitivos que permiten identificar lo que el maestro muestra, ese proceder virtuoso que para él es un requisito al formar.¹⁴

Ahora bien, *¿cuándo se ha logrado formar en virtudes?* Ciertamente es que no se da con el primer acto, con la primera abstracción. Una acción prudente no es todavía la prudencia, un acto intuitivo no es la intuición, un proceder persistente no es la perseverancia, una abstracción brillante no es el desarrollo pleno de la cognición. El ser virtuoso implica un conjunto de acciones y abstracciones que se logran a través de un proceso, el cual está dado como un continuo que no puede ser cuantificado ni medido a través de un *test*, como muchos psicólogos lo creen. La inteligencia, la prudencia, la intuición, la perseverancia, no se reducen a ejecutar ciertas acciones motrices y a memorizar información. En realidad no se sabe a partir de qué momento ni después de cuántas veces ejecutada una virtud, ésta ya es parte del proceder de los sujetos. Su formación implica una práctica intensiva y extensiva de los hábitos virtuosos, se trata de una repetición cuantitativa y cualitativa de las acciones abstractas y concretas que cada virtud implica. El número de casos sólo es lo material, lo cuantitativo, lo extensivo del acto virtuoso; y la capacidad de comprenderlo, su aspecto formal, lo cualitativo, lo intensivo del acto virtuoso, lo más valioso para su formación.

Por ello, la adquisición de las virtudes queda como responsabilidad del educador y del educando, lo que necesariamente nos lleva a disciplinas como la psicología y la pedagogía, que son las que se hacen cargo de explicar el hecho educativo. La psicología, estableciendo las condiciones en que se dan los procesos cognitivos; y la pedagogía, exponiendo las formas como se puede enseñar. Las dos, buscando explicar y proponer cómo pudiera ser el hecho educativo, un hecho que se da en la interacción que se establece entre dos sujetos: uno que enseña y muestra y otro que aprende reconociendo, comprendiendo y aplicando.

Como disciplinas que se encargan del hecho educativo, la psicología y la pedagogía requieren de saber cuál es la génesis del conocimiento, el mismo proceso de

¹⁴ Ryle al final de su artículo *¿Pueden enseñarse la virtud?* se cuestiona si éstas realmente se puede enseñar, a lo que responde diciendo que si bien no hay academias donde se enseñe la prudencia, como virtud —al igual que las otras—, sí puede ser mostrada, y por lo mismo, se pueden enseñar. Cfr. RYLE, Gilbert. "¿Puede enseñarse la virtud?", en: DEARDEN, R. *et al.* (comps.), **Educación y desarrollo de la razón. Formación del sentido crítico**, Madrid: Marcea; 1982, p. 28.

conocer. Es la posibilidad para que ellas cuenten con un fundamento epistemológico sobre cómo conocer el conocer, y desde ahí proponer cómo enseñar para aprender y cómo aprender a aprender.

En su totalidad, lo anterior se contrapone al supuesto autodidactismo,¹⁵ a la idea de que es posible lograr una auto-formación que esté más allá de los otros sujetos, de su cultura, de su historia. Como ser dialógico, el sujeto no define en y por él su formación. El hecho de que no reciba una educación institucionalizada, no quiere decir que éste se encuentre aislado, al margen de todo y de todos; el mismo autismo implica puntos de referencia, puntos de conmensurabilidad que posibiliten la comunicación, el diálogo, aunque éste sea con una sola persona. La condición de potencia, la del hombre, está dada en su relación con los demás. Él no se puede dar en sí mismo, en la completa autonomía, ésta sólo se explica como modelo.

En una educación en virtudes, el sujeto es producto de una formación teleológica y axiológica. De una educación en la que "...las virtudes [dice Beuchot] son la realización concreta y personal de los valores de una sociedad..."¹⁶ Ello implica que un sujeto virtuoso a la vez es un sujeto moral, una ente en el que se anidan los valores en lo más íntimo de su ser, en lo más profundo de su individualidad, en la totalidad de su conciencia.¹⁷ Esto hace que la virtud a la vez sea medio y fin: fin, que como dice Aristóteles, puede ser intermedio o último, ya que a la vez que gradualmente se van constituyendo también es lo que se persigue; y medio, pues es el vehículo que posibilita su consecución. En tales condiciones, la virtud no puede ser enseñada sin la advertencia de los fines que con ella se tienen, al igual que ésta no se puede dar sin que esté definido su fin. Se trata de una formación

¹⁵ La idea del autodidactismo, como dice Beuchot, es una "...teoría tomada de los filósofos musulmanes, como Avicena y, sobre todo, Averroes, por toda una corriente de pensadores escolásticos que eran llamados los 'averroistas latinos', y consistía en postular un intelecto agente universal separado de los individuos humanos, que actualizaba en ellos las ideas mismas por las que conocía." BEUCHOT, Mauricio. "La formación de virtudes como paradigma analógico de educación", en: ARRIARÁN, Samuel y BEUCHOT, Mauricio. **Virtudes, valores y educación moral** (Contra el paradigma neoliberal), México: SEP-UPN; col. Textos, núm. 12, 1999, p. 23.

¹⁶ BEUCHOT, Mauricio. "La formación de virtudes como paradigma analógico de educación", en: ARRIARÁN, Samuel y BEUCHOT, Mauricio. **Virtudes, valores y educación moral** (Contra el paradigma neoliberal), México: SEP-UPN; col. Textos, núm. 12, 1999, p. 12.

¹⁷ Respecto de la moral, Juliana González dice: "...las morales tienen una existencia histórica determinada, y se ofrecen como una pluralidad; hacen patente incluso una necesidad de variación, al grado de que resulta imposible (a pesar de los intentos de los dogmatismos de todos los tiempos) suponer la existencia de una sola moral, válida para todos los hombres y todos los tiempos; su propia condición espacio-temporal las hace necesariamente históricas, relativas, plurales y cambiantes." GONZÁLEZ, Juliana. **Ética y libertad**, México: UNAM-FCE/FFL; 2001^{1ª ed-1ª r.}, p. 26.

moral virtuosa que resulta ser más humana, más concreta, más viva que una ética de leyes o imperativos surgidos de una modernidad intolerante, aquella que reprime y castiga a través de una supuesta legalidad. Es una moral que se actúa de manera dinámica y orgánica, a la vez que permite la convivencia y la relación consigo mismo, pues busca hacer consciente al sujeto de sus valores.

Este tipo de educación no sólo es moral, también implica lo intelectual. Una educación que también se enfoca a la razón, a la formación de hábitos que permitan a los sujetos reflexionar y proceder de manera sistemática, rigurosa y metódica a la hora de realizar su apropiación cognitiva. No sólo para almacenar, sino también para proponer. Es una educación que además potencia la intuición, la prudencia, la sagacidad, la habilidad interpretativa de los sujetos, un cierto *virtus* hermenéutico que permite romper con la repetición infinita de lo mismo, con el proceder parasitario que sólo se enfoca a la crítica sin proponer nunca "algo". Se trata de una formación intelectual en la que se busca hacer sujetos creativos, prudentes, inventivos, perspicaces a la hora de conocer, explicar y aplicar el conocimiento adquirido. Un sujeto capaz de buscar lo nuevo, sin olvidarse que éste viene de lo viejo, pues tiene un contexto. Un sujeto con hábitos y habilidades para generar ciencia, arte, técnica.

Es una educación que a pesar de ser más difícil y complicada, resulta ser de mayor profundidad y compromiso. Es una educación que se coloca en el justo medio, en una posición fronteriza que permite evitar el univocismo homogeneizante y el equivocismo de total diferencia. Se trata de una educación en la cual se buscan puntos de conmensurabilidad que permitan lograr un equilibrio: entre el decir y el mostrar, entre lo moral y lo intelectual, entre la responsabilidad y el goce. Es hacer de la educación una experiencia de placer, llena de responsabilidad y compromiso con uno y con los demás, en la cual el proceder virtuoso se traduce en ser competente, en tener los conocimientos, disposiciones, experiencias, valores duraderos que posibilitan percibir, pensar y evaluar la actividad profesional que uno desempeña.¹⁸

¹⁸ Cfr. PERRENOUD, Philippe. *Diez nuevas competencias para enseñar*, Barcelona: Graó; 2005^{3er}, pp. 7-14.